

Ésa no es la solución

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Por fin la amenaza de Donald Trump se ha cumplido y la maquinaria de guerra de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia se ha puesto en marcha. Esos misiles buenos, bonitos e inteligentes de los que hablaba el multimillonario fueron lanzados el pasado día 12 contra instalaciones sirias en Damasco y Homs: un laboratorio y dos centros de almacenaje, donde, supuestamente, el régimen de Bashar al-Asad acumula armas químicas. Se trata de la respuesta dada por los aliados occidentales a la catástrofe de Duma, donde varias decenas de personas resultaron muertas por un presunto ataque químico de la aviación siria. La autoría de este execrable suceso aún no está clara, tal como reconociera el secretario de Defensa estadounidense, James Mattis. Desde luego, de haber sido las tropas sirias, algo negado por Damasco y Moscú, habría que exigir explicaciones a Rusia, ya que en 2013 se comprometió en la destrucción de todo el arsenal que entonces poseía el gobierno de al-Asad. Casualmente, para el día de la ofensiva, estaba previsto que los inspectores de la Organización para la Prohibición de Armas Químicas (OPAQ) se desplazasen a Duma para hacer sus propias averiguaciones. De manera que lo primero que llama la atención es que el bombardeo aliado se produjera precisamente en esa fecha, lo que no va a impedir la misión de los científicos. Incluso, la demora en la agresión hizo albergar ciertas esperanzas de que ésta se retrasaría hasta dar a conocer las conclusiones de dicho organismo. De ahí las acusaciones de los mandatarios del Kremlin de no querer saber la verdad.

Pero, asimismo, el embate se ha producido nuevamente contra un estado soberano sin previa declaración de guerra, al modo que han venido haciendo Israel durante estos años, Estados Unidos en 2017 y en enero Turquía en el cantón kurdo de Afrín. Sin una resolución de las Naciones Unidas, y, por ende, saltándose a la torera el Derecho Internacional, Trump, May y Macron han orquestado una operación de castigo, sabedores que, en lo sustancial, no va a alterar en absoluto el devenir de esta conflagración. Porque es simplemente cuestión de tiempo que los rebeldes y los yihadistas sean derrotados. Se ha visto en Guta oriental y el siguiente paso posiblemente sea Idlib o Dereaa. El hecho de que la embestida haya sido mucho menos violenta de lo que anunciase Trump en un primer momento y no haya mermado en absoluto la capacidad militar, sobre todo aérea, del ejército sirio, es muy significativo. La reacción airada ante lo sucedido en Duma necesitaba una pronta respuesta con vistas a una opinión pública atónita que veía con horror las imágenes de niños temblando. Pero más allá, la situación apenas cambia.

Por su parte, tampoco debemos pasar por alto qué tres países y líderes han decidido participar, cuando no parece que estén pasando por sus mejores momentos. Las pesquisas del FBI y del fiscal especial Robert Mueller contra el entorno de Donald Trump se estrechan respecto de la conexión rusa relacionada con su elección presidencial. Si a ello le sumamos el escándalo de Facebook y las sucesivas revelaciones de personas que han trabajado con él desde su acceso a la Casa Blanca, todo apunta a las horas bajas del magnate. Lo mismo se podría decir de Theresa May, cuestionada dentro del Partido Conservador y acechada por la patata caliente del Brexit y por las cada vez peores relaciones con Moscú por el asunto Skripal. Finalmente nos encontramos con un Emmanuel Macron devaluado por un conflicto ferroviario que amenaza con amargarle su primer año en el poder y con unos sectores sociales contrariados (estudiantes, pensionistas, trabajadores...). El ya tildado “presidente de los

ricos” se halla en una situación comprometida y ante una contestación en las calles que va en aumento. En definitiva, tres gobernantes con serios asuntos domésticos que quizás hayan querido ver en el affaire sirio una buena oportunidad para atemperar los problemas internos. Ésta es una vieja fórmula empleada en política desde hace siglos: la búsqueda de un enemigo exterior para templar los ánimos interiores. No sé si esta estrategia se ha producido, pero, en cualquier caso, lo que es seguro es que no les va a servir de gran cosa, pues, en realidad, la suerte del régimen sirio está echada y es a su favor. Pues si realmente estos dignatarios quieren la paz en Siria, mejor harían en impulsar las vías diplomáticas y no las bélicas. De momento las conversaciones de Ginebra, auspiciadas por la ONU, y las de Astaná, patrocinadas por Rusia, no terminan de dar los frutos esperados. La necesidad, pues, de intensificar los esfuerzos en este sentido es manifiesta.

Por lógica, en tales foros habrá que depurar responsabilidades de lo sucedido en Duma, pero con la acometida del 12 de abril no se soluciona nada. Y aquí no queda otro remedio que buscar la colaboración con Moscú. Sin duda, el “Rusiagate” está empañando la presumible buena relación entre Trump y Putin. Después de la confrontación con la Administración Obama, los piropos que ambos se dedicaron en sus respectivas campañas electorales hacían pensar en una nueva etapa de colaboración capaz de convenir una solución para Siria. Lamentablemente no está siendo así y hay analistas que hablan ya de una nueva guerra fría. Eso es algo que no conviene a nadie y menos aún a los enormes retos a los que se enfrenta el Próximo Oriente dentro de un tablero hartamente complicado y con intereses tan contrapuestos.

15 de abril de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, 7 de mayo de 2018, p. 16: “Los bombardeos no son la solución”